

Diez cuentos quijotescos (del libro *A través del “Quijote”*)

JOSÉ MARÍA MERINO
Real Academia Española

DEL SABIO FRESTÓN

A la montaña en que el sabio Frestón llevaba su aburrida existencia llegó el eco de unos sueños. Procedían de un calabozo en un lugar lejano y humilde. El soñador era un soldado de vida poco afortunada, que había cambiado el oficio militar por el de expropiador y recaudador de ciertos tributos, lo que le producía escaso peculio y continuos disgustos. En su prisión, el antiguo soldado soñaba con hacer un caballero andante de un viejo hidalgo que vivía en una pequeña aldea, y llevarlo por los áridos lugares que rodeaban sus espacios cotidianos para hacerlo vivir aventuras similares a las que habían tenido personajes como Amadís de Gaula.

El sabio Frestón siempre se había sentido muy molesto con que en aquellas aventuras hubiesen tenido papeles relevantes ciertos vecinos suyos, como Urganda La Desconocida –buena persona, eso sí– o Arcalaús –un tipo con el que había que tener cuidado–, y que, sin embargo, a él, tan ducho en magias y hechizos como cualquiera de los otros dos, no se le hubiera hecho el mínimo caso.

Por eso los sueños de aquel encarcelado despertaron en su ánimo una inusitada desazón. Pues si el soldado convertido en desafortunado recaudador iba a relatar las aventuras caballerescas del viejo hidalgo, él quería ocupar algún lugar en ellas. Así, el sabio Frestón buscó el modo de entrar en los sueños del antiguo soldado y despertar su interés: sin duda era necesario que un sabio encantador ocupase algún espacio en aquellas aventuras.

Sus encantamientos fueron insistentes y poderosos, y al fin en la imaginación del antiguo soldado se iluminó la idea: en su relato habría un sabio mago, llamado Fritón, que intentaría frustrar los esfuerzos del caballero. A Frestón lo decepcionaron el nombre que se le quería atribuir y el papel que

debía desempeñar, pero pensó que lo importante era entrar en el relato... Luego, ya se ocuparía él mismo, con sus mágicos poderes, de conseguir que su nombre fuese el verdadero y acaso de modificar su papel en la trama...

EL ÚLTIMO GIGANTE

Panfilotón de Catarrea, el único superviviente de la raza de los gigantes, vivía tranquilamente en La Mancha disimulado bajo el aspecto de un molino.

De vez en cuando, en las noches más tenebrosas, el gigante buscaba algunas ovejas para alimentarse.

Un día acertó a pasar por allí un jinete armado de una lanza que tenía algún don misterioso, pues fue capaz de advertir su verdadera naturaleza.

El jinete lo atacó, y el supuesto molino se libró de su agresor de un manotazo, que consiguió romper la lanza, apartar al caballo y hacer rodar al caballero por el suelo, pero el suceso lo desasosegó tanto que el último gigante decidió mudarse.

Tras residir en diversos lugares a los que no conseguía acomodarse, sobre todo por la escasez de alimentación, el último gigante acabó instalándose en Madrid, con el aspecto del monumento a Cervantes de la plaza de España.

Piensa que allí es difícil que venga a parar el jinete lancero, y sobrevive comiéndose de vez en cuando a un turista o a un mendigo.

LA SEDUCTORA

Desde su adolescencia, guardaba el licenciado Pero Pérez un secreto deseo: el de vestirse de mujer. Pero por su naturaleza debía rechazarlo, y a su condición eclesiástica le parecía una idea sucia y pecaminosa, que si no había confesado nunca era porque consideraba que su resistencia a la tentación y las numerosas oraciones que en ello empleaba no lo hacían necesario. Pero al imaginar el modo de rescatar al señor Alonso Quijano del lugar apartado en el que se encontraba, acaso en peligro para su vida, y comprender que una doncella que llegase hasta a él para pedirle ayuda sería pieza decisiva para hacerlo salir de su retiro montaraz y llevárselo a casa, encontró la oportunidad benéfica de cumplir con su antiguo deseo sin caer en lo pecaminoso. Además, él estaba acostumbrado a vestir faldas y lo haría con mucha mayor naturalidad que el barbero.

Se prepararon pues para la aventura del rescate, y el cura sentía una particular emoción al ponerse la saya de paño con tiras de terciopelo negro y el corpiño de terciopelo verde, y encajarse el birrete de lienzo en la cabeza, que se ciñó con una tira de tafetán negro, y cubrirse el rostro para disimular del todo su condición.

Por su parte, maese Nicolás se había colocado sobre el rostro, con ayuda de unas cuerdas, el extremo de la cola de buey que el ventero le había facilitado, con lo que, bajo su gran sombrero, su rostro adornado por aquella enorme barba roja tenía un aspecto que sin duda impresionaría al enloquecido hidalgo.

Montaron pues en sus mulas, la supuesta doncella sentada a mujeriegas, y tras despedirse del ventero, su mujer, Sancho y Maritornes, iniciaron su camino.

Poco más adelante se cruzaron con una pareja de jinetes que debían de dirigirse a la venta y que tenían aspecto de soldados. Al ver a la supuesta y más bien rolliza dama, uno de los jinetes exclamó: «¡Qué lindo cuerpo para alanceado!» y el otro, que no quiso quedar atrás, añadió: «¡Tal se tornen las pulgas de mi camal!».

Avergonzado el cura, ordenó a maese Nicolás que diesen la vuelta y se arrancó con furia el velo que le cubría el rostro. No podían buscar al hidalgo de aquel modo, habría que pensar en otra solución. Pero lo que le había causado un sentimiento de desconocido e inexpresable horror era que, al oír los groseros requiebros de los supuestos soldados, bajo su vergüenza había sentido una inusitada complacencia.

LA SORPRESA DE ALDONZA

Aldonza Lorenzo no sintió agrado cuando su amo, tan aficionado a los libros que tenía lleno de ellos un aposento, le dijo con aire de burla que ella figuraba en uno como la enamorada de un supuesto caballero andante, que en realidad se trataba de Alonso Quijano, el hidalgo loco de Miguel Esteban, el pueblo más cercano a El Toboso –de cuyo nombre, por cierto, decía que no se acordaba el autor del libro, acaso como una burla más, puesto que también se llamaba Miguel–.

Que la cosa tenía fundamento lo comprendió Aldonza, que no sabía leer ni escribir, cuando poco tiempo después Filín de Andrueña, el arriero con el que tenía apalabrado casarse, que tampoco entendía nada de letras, dio por concluido su compromiso matrimonial por causa de todo lo que decían que se contaba de ella en el malhadado libro.

Aldonza se propuso buscar al hidalgo loco para pedirle explicaciones por su conducta, y meses más tarde aprovechó las fiestas y se dirigió a Miguel Esteban. Tras caminar la legua y media que separa tal pueblo de El Toboso, se encontró con dos jinetes, uno a caballo y otro en asno, que veían reñir a unos muchachos.

Al advertir la presencia de Aldonza, el jinete del caballo, que llevaba una lanza e iba extrañamente vestido, con el torso cubierto por una armadura y una bacía sobre la cabeza, se apeó de su rocín, se acercó a ella y, arrodillándose, pronunció palabras sonoras en las que Aldonza solo pudo descifrar un evidente reclamo amoroso.

Comprendiendo que aquel caballero flaco y viejo era el causante de sus problemas, Aldonza Lorenzo le respondió con furia y desprecio, rechazándolo enérgicamente antes de volverle las espaldas y emprender su regreso a El Toboso. Unos meses después le llegó la noticia de que aquel hidalgo loco había muerto.

No había pasado mucho tiempo cuando su amo la llamó al aposento de los libros, donde estaba con dos jóvenes. «Aldonza, estos estudiantes quieren conocerte», le dijo, y luego a ellos: «Aquí tenéis a doña Dulcinea del Toboso», y en esta ocasión Aldonza no advirtió burla en su voz.

Los jóvenes se inclinaron ante ella con respeto, y uno le preguntó si conocía la carta que le había enviado desde Sierra Morena don Quijote de la Mancha a través de su escudero Sancho Panza. Aldonza Lorenzo no sabía de qué hablaba el estudiante y negó enérgicamente con la cabeza.

«Por eso hemos venido a veros, para que la conozcáis», dijo el estudiante. «El caballero quedó en la montaña medio desnudo, haciendo locuras por vuestro amor, y envió a su escudero con esta carta que voy a leeros, para que os la entregase».

A continuación, leyó el escrito que había en un papel, cuyo sentido la muchacha consiguió entender lo suficiente.

Soberana y alta señora: El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura

—Yo nunca recibí esa misiva —se atrevió a decir Aldonza.

—El tal Sancho olvidó el cuaderno en que estaba escrita en el lugar del monte donde permanecía vuestro enamorado haciendo penitencia, —repuso el estudiante. —Este papel es una copia de la carta que se encuentra en el libro de las aventuras de don Quijote. Tomadla.

Aldonza cogió el papel y permaneció con él en las manos, sin saber qué hacer, y tras mostrarle de nuevo mucho respeto, los dos estudiantes se marcharon.

Aldonza quedó deslumbrada al comprender el amor que al parecer había sentido hacia ella aquel caballero flaco de estafalarío sombrero. Siempre conservó como un tesoro aquella carta que no era capaz de leer, y a menudo miraba las palabras, una tras otra, imaginando lo que significaban. Y durante el resto de su vida soñaba con el Caballero de la Triste Figura arrodillado ante ella, y hasta le parecía oír sus palabras llamándola con dulzura *bella ingrata* y *amada enemiga*, y con ello sentía latir más deprisa su corazón.

¿LEONCITOS A MÍ?

Cuando el león oyó que se abría la puerta de la jaula, se levantó, se estiró y se acercó a la abertura para ver lo que estaba sucediendo.

El león venía de unas tierras salvajes, en las que conseguir presas era azaroso y el hambre tenía largos periodos de predominio, que había que solucionar a veces con caza muy menuda. Llevaba ya mucho tiempo en su nueva situación y se había acostumbrado a que le diesen de comer abundantemente y a menudo, por lo que no tenía que dedicar todos sus esfuerzos a encontrar alimento. A su olfato llegó, por encima del aroma tranquilizador de la hembra cercana, el de aquella figura plantada al lado de la puerta recién abierta, de la que provenía un aroma poco atrayente. Más lejos había unos caballos que olían mejor, pero no lo suficiente como para estimular su instinto cazador, que dependía de su hambre y que, según la costumbre que ya llevaba tiempo practicando, iba a ser colmada pronto. Además, hacía demasiado calor.

De modo que decidió ignorar a aquella figura que se mantenía ante la puerta abierta de la jaula, se dio la vuelta con parsimonia y volvió a tumbarse sobre la paja, ignorante de que había rechazado un desafío temerario.

FUERO INTERNO

Al flamante gobernador lo disgustaban muchas cosas en su nuevo estado, aunque solo se quejase de las que atañían a la dieta que el severo doctor Recio de Mal Agüero le obligaba a seguir.

Para empezar, le sorprendía que el juego de naipes se llevase a cabo impunemente en tantos lugares, con lo que trae de ruina para las gentes, o las grescas sangrientas, como la que su ronda había impedido proseguir, y se escandalizaba ante las complicaciones para cerrar las casas de juego más problemáticas. También le asombraba que los alimentos más necesarios estuviesen en manos de unos cuantos especuladores, que ponían los precios a su antojo, o que se vendiese vino aguado engañando además sobre su procedencia.

Y creyó necesario ajustar los precios del calzado, sobre todo el de los zapatos, y los salarios de los criados, así como castigar duramente a quienes entonasen cantares obscenos, y procurar que las coplas de ciego sobre milagros tuviesen una base cierta, y establecer un sistema de control de los verdaderamente pobres, para evitar la proliferación de pícaros entre los mendigos...

Con el dictado de las ordenanzas que debían regular todas aquellas materias se pasó la tarde, pero mientras trabajaba en ello sentía algo nuevo en su vida, una desconocida decepción, una nunca antes advertida amargura, al comprender que si había tenido que llegar él a gobernar, un humilde labrador iletrado, para advertir todos aquellos problemas y que se afrontasen, parecía evidente que los gobiernos, o no estaban bien ordenados, o no tenía remedio la malicia que impregnaba los asuntos humanos.

EL CASO DEL OTRO QUIJOTE

Parece que fue Diego Clemencín quien, en una antigua librería de Toledo, encontró el único fragmento manuscrito de Cervantes relacionado con la novela que hasta entonces se había conservado, hoy ya perdido, si no destruido.

Se trata al parecer de un par de capítulos, que ya no se puede tampoco saber dónde estaban situados a lo largo del discurso novelesco, en los que, tras el encuentro entre el Caballero del Bosque y don Quijote, y el descubrimiento por parte de este de que existe otro Quijote –luego sabremos que es el reinventado por el tordesillesco autor– el Quijote verdadero busca al otro para retarlo. Ambos Quijotes se encuentran al fin, y tras atroz combate, el falso vence y mata al verdadero. Es pues el falso Quijote quien

más adelante, ya cerca del final del libro, tras ser derrotado por el caballero de la Blanca Luna, regresará a su aldea, y quien al final recuperará la razón antes de morir.

No se puede saber por qué causa eliminó Cervantes tales capítulos de su libro, pero de lo que yo estoy seguro es de que el verdadero Quijote nunca hubiera «recuperado la razón», ya que no ha habido en la historia de los seres humanos quien la haya tenido más libre y más clara.

DON QUIJOTE, CAPITÁN DE BANDOLEROS

Algún cervantista, como Raymond Outier, asegura que en la desaparecida primera edición del *Quijote* que conoció Ibrahim Taybilí, alias Juan Pérez, este capítulo no figuraba desarrollado como en la edición canónica.

En aquella, tras la marcha de Roque Guinart con la muchacha disfrazada de varón pasaron más de cinco días, y la partida de bandoleros comenzó a encontrarse al parecer muy desazonada, obligada a la espera del regreso de su capitán. Por fin, a uno de los pocos bandoleros que chapurreaba el castellano se le ocurrió que, ya que estaba con ellos un caballero al parecer tan osado y ducho en las cosas del pelear, y por quien Roque Guinart mostraba tanto respeto que hasta les había obligado a devolverle lo que le habían quitado, podían encargarle a él el mando y la coordinación de la partida, y el resto de los hombres estuvo de acuerdo.

El tipo se lo dijo a don Quijote, y este, de entrada, rechazó con ira la propuesta, al entender que aceptarla suponía una grave traición al ausente Guinart, pero el otro insistió, asegurándole que solo habría de ejercer su capitánía como suplente del verdadero jefe, que volvería a recuperarla a su regreso.

—Si es así, acepto lo que me pedís —dijo don Quijote sin perder el grave talante. —Reunid pues a toda la tropa, que quiero comunicaros mis propósitos.

Don Quijote ordenó a Sancho Panza que le ayudase a revestirse de todas sus galas caballerescas, montó en Rocinante y, cuando la partida de aquella gente rústica y malbaratada estuvo reunida a la sombra de unos árboles, comenzó a hablarles con voz pomposa, en un discurso que tradujo el bandolero que conocía el castellano:

—Uno de vuestros compañeros me ha pedido que, en ausencia de Roque Guinart, verdadero capitán de esta tropa, asuma yo el mando. Así lo haré y, de acuerdo con las leyes de la andante caballería a la que sirvo, lo primero que vamos a hacer es atacar a la partida de bandoleros que lleva a cabo sus fechorías al otro lado del río.

Al oír la traducción de aquello, hubo en el grupo una evidente estupefacción que suscitó muchos comentarios en los bandoleros. Al cabo, el que hablaba castellano dijo:

—Micer don Quijote, no es costumbre entre nosotros atacar a nuestros colegas.

—Bajo mi mando, os regiréis por las normas de la andante caballería, repito, y cambiaréis ese modo de vivir tan malo para el alma como para el cuerpo que estáis llevando. Atacaréis a vuestros compañeros para desvalijarlos, del mismo modo que usáis con los viajeros que recorren los caminos.

—¿Y por qué desvalijar a nuestros colegas cambiará nuestro modo de vivir?

—Porque tras desvalijarlos, buscaréis a quienes fueron robados por ellos para devolverles lo que les fue sustraído.

—¿Y qué ganaremos nosotros con eso?

—La satisfacción de hacer justicia y reparar los daños causados a gente inocente. Y con ello, además, pasaréis del bandolerismo a la andante caballería, para vuestra honra y fama.

El intérprete, tras lanzar una gran carcajada, dijo:

—¿Nos ordenáis que cambiemos por la justicia reparadora una cosa tan sagrada como son los doblones?

Luego se volvió a sus compañeros y les dio grandes voces, sin duda contándoles entre carcajadas la ocurrencia del caballero. Entonces los bandoleros, muy alborozados, se echaron sobre don Quijote, lo tiraron del caballo, y comenzaron a apalearlos a él y a Sancho mientras cantaban con mucho regocijo.

Las consecuencias de la paliza habrían sido muy graves si no hubiera aparecido Roque Guinart, que tras ordenarles que se detuviesen pidió que se le informase de lo que estaba sucediendo. Cuando don Quijote, se lo contó, con los penosos esfuerzos a que le obligaba la maltrecha condición en que lo habían dejado los copiosos golpes, se volvió Guinart al bandolero que había hecho de intérprete y, tras hablar con él en catalán, sacó su pistolete y lo mató de un disparo. Ninguno de los demás bandoleros se movió, y el asunto quedó olvidado.

LA DERROTA DE FRESTÓN

Cuando don Quijote falleció, el cura parecía el más apesadumbrado de todos. Nadie podía imaginar que hubiese otras razones, aparte de su indudable afecto por el hidalgo, pero tales razones existían, y eran de mucho peso.

Aquel despertar en el que don Quijote declaró haber recuperado la cordura, lo que tuvo un evidente eco en su repentino y firme rechazo de los libros de caballerías, y todo lo que vino después, asombraron al vecindario y complacieron especialmente a la gente más cercana al señor Alonso Quijano. Sin embargo, hubo un aspecto para todos desconocido en su verdad, el de la confesión, que el cura llevaba dentro de sí como un peso muy agobiante.

El señor Alonso Quijano siempre había sido un cristiano piadoso y un feligrés ejemplar y cumplidor. Consciente de la cercanía del fin de su vida, y tras declararse ya libre de las brumas caballerescas que habían enturbiado su buen sentido, pidió que llamasen al cura para cumplir con su última confesión. Mas lo que menos se esperaba el licenciado Pero Pérez era lo que tuvo que oír en aquella ocasión: don Quijote se declaró culpable de mentir.

—Lo que he declarado a propósito de la recuperación de la cordura es falso, mi buen don Pero.

—¿Falso? —repuso el cura, atónito.

—A lo largo de mis aventuras he sabido bien que muchos, vos entre ellos, pensabais que mi voluntad de ser caballero andante provenía de la falta de juicio, pero os aseguro que nunca lo he tenido más libre y claro. Satán, de cuya existencia no podéis dudar, ha llenado el mundo de hechiceros y encantadores dispuestos a impedir que las continuas injusticias y los permanentes desafueros sean enmendados, lo que es obligación y tarea de la andante caballería.

El cura contemplaba a don Quijote pensando que estaba viviendo una pesadilla. Don Quijote continuó, con la voz quebrada de quien está en las últimas:

—A mí, el mago Frestón me ha perseguido con sus enredos y malas mañas desde que salí a los caminos dispuesto a enderezar tuertos, y os ha hecho creer a todos que lo de la andante caballería es un mero embeleco de ciertos libros, y majaderos chiflados quienes intentamos llevar a cabo tal tarea. Ahora, cuando sé que mi fin está cercano, he comprendido que mi muerte proclamándome caballero andante sería una victoria más de Frestón: a pesar de mis indudables hazañas, de tantas peleas y de tantos esfuerzos; de tantas caídas y de tantos golpes, de la inesperada derrota que me infligió el Caballero de la Blanca Luna y que me obligó a una lamentable promesa, y de que por fin he adivinado que el desencanto de Dulcinea nunca se va a producir... A pesar de todo eso, que me ha debilitado tanto y me ha llevado a este punto...

El cura continuaba contemplando a don Quijote con horrenda fascinación.

—... en la soledad de mi lecho he pensado que mi muerte como caballero andante sería una victoria más para esos hechiceros malandrines —siguió confesando el señor Alonso... —He reflexionado mucho sobre el asunto, y he llegado a la conclusión de que la forma mejor de hacer daño al funesto Frestón sería fingir, como he hecho, que abomino de los libros de caballerías, que en definitiva no creo lo que en ellos se cuenta, ni en la existencia de Frestón y de otros hechiceros, ni en su continua asechanza. Sin duda eso facilitará su descuido, los debilitará. No podéis imaginaros cuánto me ha regocijado la idea... Ese ha sido el motivo verdadero de mi nueva actitud.

—Mentir —murmuró el cura, atónito.

—En efecto, mentir, aunque por una buena causa. Como soy consciente de mi pecado, lo confieso y pido vuestra absolución...

—Mas mi buen señor Alonso, mi querido amigo, mi absolución necesita vuestro arrepentimiento y propósito de enmienda...

—No puedo hacerlo, mi querido don Pero. Eso llevaría a la victoria de Frestón. Tengo que morir como si la caballería andante fuese para mí un disparate, tengo que negar a Frestón. Quienes saben en su corazón la verdad del caso nunca creerán en esa falsa recuperación de la razón que he proclamado...

—Pero yo no puedo absolveros...

Don Quijote alzó el torso en un esfuerzo sin duda doloroso:

—¿Y me dejaréis morir en pecado? ¿Tantos años de piedad por mi parte no merecen una excepción? ¿He dejado de ser un buen cristiano por tenderle una trampa al diabólico Frestón?

—Calmaos —dijo entonces el cura.

Había decidido incumplir sus obligaciones, y tras alzar la mano derecha hizo el signo de la cruz mientras pronunciaba las palabras rituales: *Ego te absolvo in nomine Patri...*

Pero la conciencia de su propia falta lo tenía muy desazonado. Por primera vez en su vida religiosa había pecado gravemente, absolviendo a un pecador que declaraba no arrepentirse ni tener el propósito de modificar su conducta.

Debería ir a ver al obispo de la diócesis para transmitirle su propia confesión, y al desasosiego de la culpa se unía una inevitable vergüenza...

LA CUARTA SALIDA

El profesor Souto, gracias a ciertos documentos procedentes del alcañá de Toledo, acaba de descubrir que el último capítulo de la Segunda Parte

de El Quijote es una interpolación con la que un clérigo, por darle ejemplaridad a la novela, sustituyó buena parte del texto primitivo, y su verdadero final. Pues hubo una cuarta salida del ingenioso hidalgo y caballero, en ella encontró al mago que enredaba sus asuntos, un antiguo soldado manco al que ayudaba un morisco instruido, y consiguió derrotarlos. Así, los molinos volvieron a ser gigantes, las ventas castillos y los rebaños ejércitos, y él, tras incontables hazañas, casó con doña Dulcinea del Toboso y fundó un linaje de caballeros andantes que hasta la fecha han ayudado a salvar al mundo de los embaidores, follones, malandrines e hipedutas que siguen pretendiendo imponernos su ominoso despotismo.